

burgueses que el bando nada decía de la llegada de ningún regimiento, y que además era una imprudencia entregarse á semejantes habladurías. Pero, en su turbación, él mismo no estaba seguro de no haber contado con el envío de tropas, y hasta se admiraba de que ni un soldado hubiese parecido.

En extremo preocupado entró en su casa. Felicidad, henchida de orgullo y de valor, se enfureció al verle trastornado por semejantes pequeñeces. Después de comer, procuró reanimarle.

—¡Eh! ¡Tonto! Mejor si el prefecto nos olvida. Salvaremos la ciudad solos. ¡Ojalá volvieran los insurrectos, para recibirlos á tiros y colmar nuestra gloria!... Esta noche cierra bien las puertas de la ciudad, no te acuestes, y anda sin cesar de un lado para otro; todo esto se te tendrá en cuenta más tarde.

Algo envalentonado, tornó Pedro al ayuntamiento. Haciendo de tripas corazón, se mantuvo enérgico ante las debilidades de sus colegas, que llevaban consigo el miedo, como en los vestidos se lleva el olor de la humedad en los días de tormenta. Todos pretendían haber contado con el envío de un regimiento, y se levantaban diciendo que no se dejan así abandonados valientes ciudadanos á los furioses de la demagogia. Pedro, para tranquilizarlos, casi les prometió que al día siguiente llegaría la tropa; luego declaró solemnemente que iba á mandar que cerrasen las puertas. Esto fué un consuelo. Los guardias nacionales fueron enviados á las puertas, con orden de cerrarlas á piedra y lodo. Cuando regresaron, va-

rios miembros confesaron que estaban más tranquilos; y habiéndoles hecho ver Rougon la conveniencia de permanecer en sus puestos, la mayor parte se dispuso á pasar la noche en una butaca. Granoux se encasquetó un gorro de seda negro que había llevado por precaución. A las once, la mitad de ellos dormía ya en torno á la mesa de M. Garçonnet, y los que aún no se habían entregado al sueño, oyendo el cadencioso paso de los centinelas de la guardia nacional pensaban que eran unos valientes y que serían condecorados. Una gran lámpara colocada sobre la mesa alumbraba aquel extraño velar las armas. Rougon, que parecía dormir, levantóse de pronto, y mandó buscar á Vuillet. Se había acordado de que no había recibido la *Gaceta*.

El librero se retiró soñoliento y de mal humor.

—¿Y el artículo que me había usted prometido?—le dijo Rougon llamándolo aparte.—No he recibido el periódico.

—¿Y para esto me ha molestado usted?—repuso colérico Vuillet.—La *Gaceta* no ha salido esta noche, porque no tengo ganas de que me maten mañana si los insurrectos vuelven.

Rougon se esforzó en sonreír diciendo que gracias á Dios no se mataría á nadie. Precisamente porque corrían rumores alarmantes, el artículo en cuestión hubiera prestado un gran servicio á la buena causa.

—Es posible—replicó Vuillet;—pero en circunstancias como éstas, la mejor causa es conservar la cabeza sobre los hombros.—Y con incisivo acento, prosiguió:—Yo creía que había usted matado

á todos los insurrectos; pero ha dejado usted demasiados para que yo me aventure.

Cuando Rougon quedó solo, admiróse de que un hombre tan humilde y tan tranquilo de ordinario se rebelase contra él; la conducta de Vuillet parecíale equívoca, pero no tuvo tiempo de buscar la explicación. Apenas se había tendido de nuevo en su sillón, entró Roudier haciendo sonar terriblemente un gran sable que se había colgado de la cintura. Los que dormían despertaron azorados. Granoux creyó que llamaban á las armas, y preguntó:—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?—guardándose precipitadamente en el bolsillo su gorro de seda.

—Señores—dijo Roudier sofocado y sin preocuparse de la forma oratoria—me parece que una columna de revoltosos viene sobre Plassans.

El espanto heló la voz y el aliento en todas las gargantas. Sólo Rougon tuvo ánimos para preguntar:

—¿Los ha visto usted?

—No—replicó el antiguo lencero,—pero se perciben extraños ruidos en el campo, y uno de mis soldados asegura haber distinguido á lo lejos destellos como fuegos fatuos, hacia la cuesta de los Garrigues.—Y viendo que nadie le contestaba y todos se miraban con pálidos semblantes, continuó:—Vuelvo á mi puesto; temo un ataque. Por su parte avisen ustedes.

Rougon quiso correr tras él para ampliar sus noticias, pero ya estaba lejos. En verdad, ninguno de los consejeros pensó ya en dormir. ¡Extraños ruidos! ¡Fuegos! ¡Un ataque!... ¡Y todo en me-

dio de la noche!... Granoux estuvo por aconsejar que empleasen la misma táctica del día anterior; esconderse, dejar que los insurrectos pasaran, y triunfar luego en las calles desiertas. Por fortuna Pedro, recordando los consejos de su mujer, dijo que Roudier habría podido engañarse, y que lo mejor era ir á verlo. Algunos de los consejeros hicieron un gesto de desagrado, pero cuando se convino que una escolta armada acompañara á la comisión, todos bajaron á la calle con bastante ánimo. En el portal del ayuntamiento dejaron sólo unos cuantos hombres; y, rodeados por otros treinta, se aventuraron por las solitarias calles de la ciudad dormida.

La luna, deslizándose al nivel de los tejados, alargaba sus sombras; vanamente fueron de puerta en puerta á lo largo de las fortificaciones; nada vieron, nada oyeron. Los guardias nacionales de los diferentes puestos dijéronles que venían del campo rumores particulares por encima de las cerradas poternas; aplicaron el oído, sin recoger otra cosa que un murmullo lejano en que Granoux pretendió reconocer el del Viorne. No obstante, continuaban inquietos. Iban á volver á la alcaldía, más preocupados cuanto más indiferencia fingían y tratando á Roudier de cobarde y visionario, cuando Rougon, que había tomado muy á pecho la tarea de llevar la tranquilidad absoluta al ánimo de sus colegas, les propuso reconocer el campo á larga distancia. Condújoles al barrio de Saint-Marc y llamó en el hotel Valqueyras. El conde, desde los primeros síntomas, había partido para su castillo de Corbière; y sólo el mar-

qués de Carnavant habitaba el hotel. Desde el día antes había permanecido prudentemente alejado, no por miedo, sino porque le repugnaba exhibirse con Rougon en el momento decisivo. En el fondo la curiosidad le abrasaba, y tuvo que encerrarse para no correr á presenciar el asombroso espectáculo de las intrigas del salón amarillo. Cuando un criado subió á decirle que había en la calle varios señores que deseaban verle, no pudo contenerse, y se levantó y bajó á la carrera.

—Mi querido marqués—le dijo Pedro presentando á los consejeros municipales—venimos á pedirle un favor. ¿Puede usted disponer que nos conduzcan al jardín del hotel?

—Seguramente—respondió el marqués,—yo mismo voy á llevarlos.

Andando y hablando á un tiempo, se enteró de lo que sucedía. El jardín terminaba en una terraza que dominaba la llanura; en aquel sitio, un ancho lienzo de la muralla se había derruido y el horizonte se extendía sin límites: Rougon había pensado que era aquella una magnífica atalaya. Los guardias nacionales habíanse quedado á la puerta. Mientras hablaban, los miembros de la comisión se pusieron de codos sobre la terraza.

El extraño espectáculo que se ofreció á sus ojos los hizo enmudecer. A lo lejos, en el valle del Viorne, en aquella inmensa cuenca que se perdía al poniente entre la cadena de los Garrigues y las montañas del Seille, resbalaban los rayos de la luna como la mansa corriente de un río de pálida claridad. Los grupos de árboles, las

rocas sombrías sembraban acá y acullá de islotes lenguas de tierra surgiendo de la mar luminosa, y distinguíanse, según las tortuosidades del Viorne, pedazos del río, que se mostraban con reflejos de armadura en el fino polvo de plata que caía del cielo. Era aquello un mundo, un océano, que la noche, el frío, el miedo secreto ensanchaban hasta el infinito. Al principio ninguno vió ni oyó nada; había en el cielo un estremecimiento de luz, y voces lejanas que los deslumbraban y ensordecían. Granoux, de suyo refractario á la poesía, dominado por la serena paz de aquella noche de invierno, no pudo menos de murmurar:—¡Qué noche tan hermosa, señores!

—Resueltamente—dijo Rougon con cierto desdén,—Roudier ha soñado.

Pero el marqués alargó el oído y exclamó con voz clara:

—¡Oigo el toque de rebato!

Conteniendo el aliento, inclináronse todos sobre el parapeto, y ligero, con sonoridades de cristal, el tintineo de una campana subió desde la llanura. Aquellos caballeros no pudieron negarlo; era ciertamente el toque de rebato. Rougon creyó distinguir el timbre de la campana de Beage, pueblecillo distante poco más de una legua de Plassans; pero, en verdad, lo dijo para tranquilizar á sus colegas.

—Oid, oid—interrumpió el marqués.—Ahora es la campana de Saint-Maur.—Y señalaba otro punto del horizonte.

En efecto: otra campana gemía en la clara noche. Bien pronto diez, veinte campanas enviaron

á los oídos de Rougon y sus compañeros sus desesperados acentos. Siniestros llamamientos subían de todas partes, debilitados, semejantes al estertor de un agonizante. Pronto la llanura entera sollozó. Aquellos señores no se burlaban ya de Rougon. El marqués, que gozaba infundiéndoles miedo, explicó así la causa de aquel incesante campaneó. — Eso es — dijo — que los pueblos del valle se convocan para atacar á Plassans al romper el día. ¿No ven ustedes nada allá lejos? — Nadie miraba; habían cerrado los ojos para oír mejor. Granoux repuso al cabo de un corto silencio: — ¡ Ah, mirad, más allá del Viorne, cerca de aquella masa negra! — Sí, ya veo — respondió Rougon desesperado. — Es que encienden una hoguera.

Casi inmediatamente otra hoguera brilló enfrente de la primera, y otras dos fueron encendidas después. A lo largo del valle, y á distancias casi iguales, semejantes á los faroles de una avenida colosal, aparecieron puntos rojos. La luna, amortiguando sus fulgores en parte, los hacía aparecer como mares de sangre. Aquella triste iluminación acabó de consternar al consejo municipal.

— ¡ Caramba! — murmuró el marqués, con su malévolá intención de siempre, — esos bribones se hacen señales.

Y contó una tras otra las hogueras, para calcular, decía, sobre poco más ó menos, con cuánta gente había de luchar «la valiente guardia nacional de Plassans.» Rougon quiso sembrar la duda diciendo que las aldeas tomaban las armas para ir á reunirse con los insurrectos, y no para venir

á atacar la ciudad; pero aquellos señores, con un silencio consternado, demostraron que su opinión estaba hecha y que rehusaban todo consuelo. — Ahora oigo *La Marsellesa* — dijo Granoux con voz ahogada. — Y era verdad. Una banda de insurgentes debía seguir el cauce del Viorne y pasar en aquel momento por la parte baja de la ciudad. El grito «¡ A las armas, ciudadanos; formad vuestros batallones!», llegaba en bocanadas con una claridad vibrante.

Fué aquella una noche atroz. Aquellos señores la pasaron de codos sobre el parapeto de la terraza, helados por el terrible frío que hacía, y no pudiendo arrancarse al espectáculo de aquella llanura, toda sacudida por el toque de rebato y *La Marsellesa*, é inflamada toda por las hogueras que servían de señales. Los ojos de todos ellos estaban llenos de aquel mar luminoso matizado de llamas sangrientas; á fuerza de oír aquel vago clamor, zumbáronles los oídos, hasta el punto de que se les saltaban las sienes y veían y escuchaban cosas espantosas. Por nada del mundo hubieran dejado aquel sitio: si hubiesen vuelto la espalda, hubieran creído que un ejército les pisaba los talones. Como ciertos cobardes, querían ver acercarse el peligro, sin duda para emprender la fuga con más oportunidad. Por eso al amanecer, cuando se puso la luna y sólo quedó delante de sus ojos un negro abismo, sufrieron congojas indescriptibles; creíanse rodeados de enemigos invisibles que trepaban en la sombra dispuestos á degollarlos; el menor ruido parecíales

el de hombres que se consultaban al pie de la terraza antes de escalarla; y ¡nada! nada más que lo negro en el que fijaban trastornados su mirada. El marqués, por vía de consuelo, les decía con irónico acento: «No se alarmen ustedes. Esperarán hasta el día.»

Rougon cejaba; sentía que el miedo se apoderaba de él. Los cabellos de Granoux acabaron de blanquear. Al fin apareció el alba con mortal lentitud. Fué aquel también un mal instante: aquellos señores esperaban ver al primer rayo un ejército formado en batalla delante de la ciudad. Justamente aquella mañana el día se mostraba perezoso, arrastrándose al borde del horizonte. Con el cuello tendido y el ojo en acecho, interrogaban las vagas blancuras, y en la sombra indecisa entreveían perfiles monstruosos; la llanura se trocaba en lago de sangre, las rocas en cadáveres flotantes en su superficie, los grupos de árboles en batallones todavía amenazadores y de pie; luego, cuando las claridades crecientes hubieron disipado los fantasmas, el día se levantó tan pálido, tan triste, que hasta el marqués sentía el corazón oprimido. Pero en todo lo que la vista alcanzaba no se veía un insurrecto: los caminos estaban expeditos, solitario el llano; pero tan abundante en tintas grises, tan desierto y tan tétrico, que anudaba la garganta. Las hogueras habíanse extinguido, pero seguía el campaneó. Hacia las ocho, Rougon distinguió unos hombres que seguían el curso del Viorne.

Los consejeros municipales estaban muertos de frío y de cansancio. No viendo ningún peligro

inmediato, decidieronse á tomar algún reposo. Un guardia nacional quedó de centinela en la terraza, con la consigna de avisar inmediatamente á Roudier si veía aproximarse alguna banda. Granoux y Rougon, destrozados por las emociones de la noche, sosteniéndose entre sí, volvieron á sus casas, que estaban vecinas. Con todo género de precauciones acostó Felicidad á su marido, llamándole «pobre gatito» y diciéndole que no se preocupase tanto, porque todo concluiría bien; pero él sacudía la cabeza; abrigaba serios temores. Dejóle dormir hasta las once, y cuando hubo comido, echóle dulcemente á la calle, haciéndole comprender que era preciso llegar hasta el fin. En la alcaldía, Rougon no encontró más que cuatro miembros de la comisión: los otros se excusaban de acudir por razones de salud: estaban realmente enfermos. Desde por la mañana circulaba el pánico por la ciudad con más aguda violencia. Aquellos señores no habían podido guardar para sí el relato de la noche memorable pasada en la terraza del hotel Valqueyras, y las criadas se encargaron de extender la noticia adornándola con dramáticos pormenores. A aquella hora era histórico que desde las alturas de Plassans habíanse visto en la campiña danza de caníbales devorando á sus prisioneros; aquellarres de brujas bailando alrededor de las calderas, donde cocían chiquillos; interminables desfiles de bandidos, cuyas armas relucían á la luz de la luna; y hablábase de campanas que tocaban solas á rebato; y se afirmaba que los insurgentes habían incendiado los bosques de las cercanías y que todo el país ardía.

Era martes, día de mercado en Plassans, y Roudier creyó prudente abrir de par en par las puertas para dejar entrar los campesinos que llevaban huevos, manteca y legumbres. En cuanto la comisión municipal, compuesta de cinco individuos contando el presidente, estuvo reunida, declaró que el hecho de franquear así las puertas era una imprudencia imperdonable. Aunque el centinela de la terraza del hotel Valqueyras nada hubiese visto, convenía tener cerrada la población. Pedro dispuso que el pregonero, acompañado por un tambor, recorriera la ciudad, declarándola en estado de sitio, y advirtiéndole á los habitantes que el que saliera no podría volver á entrar. A las doce del día fueron cerradas oficialmente las puertas; esta medida, tomada para tranquilizar los ánimos, colmó el espanto. Nada más curioso que aquella ciudad cerrada con llave y cerrojos en pleno siglo XIX, á la luz del sol.

Luego que Plassans se hubo escudado y apretado en torno suyo el gastado cinturón de sus fortificaciones ni más ni menos que una fortaleza sitiada en vísperas de un asalto, una angustia mortal penetró en todas las viviendas. A cada instante desde el centro de la ciudad, creíase oír fragor de descargas de fusilería en los arrabales. Nadie sabía lo que pasaba; se estaba en el fondo de una cueva, en un agujero murado y en la ansiosa incertidumbre de la libertad ó del golpe de gracia. Desde hacía dos días, las partidas de insurgentes que recorrían los campos habían interrumpido las comunicaciones; Plassans, arrinconada en el callejón sin salida que ocupa, se

hallaba separada del resto de Francia; sentíase en pleno foco de rebelión; en torno suyo sonaba el toque de rebato; rujía *La Marsellesa* con clamores de torrente desbordado. La ciudad abandonada parecía botín prometido á los vencedores, y el vecindario pasaba á cada instante del miedo á la alegría, creyendo ver en la Grand-Porte, ya blusas de insurgentes, ya uniformes de soldados. Jamás hubo subprefectura que padeciese más dolorosa agonía que Plassans en su envoltorio de muros ruinosos.

Hacia las dos, extendióse el rumor de que había fracasado el golpe en París, y que el príncipe presidente estaba preso en Vincennes; que París estaba en manos de la demagogia más avanzada, y Marsella, Tolón, Draguignan, todo el Mediodía de Francia, en fin, pertenecía á los insurrectos victoriosos, los cuales llegarían á Plassans aquella noche. Una diputación acudió al ayuntamiento protestando de la clausura de las puertas, buena sólo para irritar á los insurrectos. Rougon, que ya comenzaba á perder la cabeza, defendió su orden con sus postreras energías, parecióle uno de los actos más ingeniosos de su administración, y encontró para justificarlo palabras convenientes; pero le acosaban, preguntándole dónde estaba el regimiento que había prometido; entonces mintió y dijo claramente que no había prometido nada. La ausencia de aquel regimiento legendario, que los habitantes deseaban hasta el punto de haber soñado con su aproximación, era la causa principal del pánico. La gente bien informada citaba

el sitio en que los soldados habían sido degollados.

A las cuatro, Rougon, seguido de Granoux, volvió al hotel Valqueyras. A lo lejos, por la parte del Viorne, pasaban sin cesar grupos de obreros y campesinos que iban á incorporarse al grueso de la insurrección, junto á Orchères. Todo el día estuvieron los chiquillos subidos sobre las fortificaciones y los burgueses fueron á mirar por las troneras. Aquellos centinelas voluntarios sostenían el espanto de la ciudad, contando en voz alta las partidas que distinguían y que consideraban como numerosos batallones. Aquel pueblo cobarde creía asistir desde su rincón á los preparativos de una matanza universal. Al obscurecer, igual que el día anterior, creció el pánico.

Al volver al ayuntamiento, Rougon, siempre seguido de su inseparable Granoux, convino en que la situación era ya insostenible. Durante su ausencia había desaparecido otro consejero; ya sólo quedaban cuatro, y sintieron que estaban en ridículo mirándose horas enteras con las caras pálidas, sin pronunciar una palabra; tenían además un miedo atroz á pasar otra noche en la terraza del hotel Valqueyras. Rougon declaró gravemente que el estado de las cosas era el mismo y no había motivo para continuar en sesión permanente; si ocurriera algo grave, ya se les avisaría; y por decisión tomada en consejo, declinó en Roudier las responsabilidades de su administración. Este, recordando que fué guardia nacional en París bajo Luis Felipe, seguía lleno de convicción vigilando la Grand-Porte.

Pedro volvió á su casa con las orejas bajas, deslizándose en la sombra de los edificios. Notaba que por momentos la ciudad se volvía contra él, y que su nombre circulaba mezclado con frases despreciativas ó coléricas. Sudando y tambaleándose, subió la escalera de su casa.

Felicidad lo recibió silenciosa, con aspecto consternado; también ella comenzaba á desesperar; sus sueños se derrumbaban. Silenciosos, mirándose cara á cara, estaban en el salón amarillo. Caía el día, un día sucio de invierno que prestaba tintas fangosas al papel color de naranja rameado. Nunca les había parecido aquella habitación tan raída, tan sórdida. Estaban solos completamente; no tenían, como la víspera, un pueblo de cortesanos que los felicitara; un día había bastado para vencerlos en el momento en que cantaban victoria. Si al día siguiente no cambiaba la situación, la partida estaba perdida. Felicidad, que la tarde anterior pensaba en el llano de Austerlitz contemplando las ruinas del salón amarillo, al verle ahora tan triste y tan desierto, acordábase de los campos malditos de Waterlloo.

Viendo que su marido no decía nada, dirigióse maquinalmente á la ventana, aquella ventana en que había aspirado con delicia el incienso de una subprefectura entera. Abajo en la plaza había varios grupos. Viendo que la miraban, cerró las persianas, temerosa de que la silbaran. Se hablaba de ellos; lo presintió. Las voces crecían en el crepúsculo. Un abogado declamaba con tono de pleiteante que triunfa.

—Bien lo había dicho. Los insurrectos se fueron

por sí solos, y no pedirán permiso á los cuarenta y uno para volver. ¡ Los cuarenta y uno! ¡ Valiente comedia!... ¡ Creo que eran más de doscientos!

—No, eso no—replicó un comerciante de aceite, gordo, gran político.—¡ Ni siquiera eran diez! Si no, decidme: ¿ cómo es que no ha quedado huella ninguna del combate tan decantado? Yo fuí al ayuntamiento para convencerme, y me convencí. Nada; ni una gota de sangre había en el patio.

Un obrero, que se acercó tímidamente al grupo, añadió:

—No hacía falta ser muy listo para apoderarse del ayuntamiento. Ni siquiera estaba cerrada la puerta...—Una carcajada acogió estas palabras, y el obrero, envalentonado repuso:—Los Rougon, ya es sabido, no son gran cosa.

Este insulto fué derecho al corazón de Felicidad. La ingratitud de aquel pueblo la desesperaba, porque había concluído por creer ella misma en la misión de su familia. Llamó á su marido; quiso que tomase una lección acerca de la versatilidad de las muchedumbres.

—¿ Pues y lo del espejo?—prosiguió el abogado.—¡ No han hecho poco ruido con la tal rotural ¿ Saben ustedes que ese Rougon es capaz de haberle pegado el balazo para hacernos creer lo de la batalla?...

Pedro reprimió un grito de dolor. ¡ No creían ni siquiera lo del espejo!... Por aquel camino llegarían á dudar de que hubiese oído silbar una bala. La leyenda de los Rougon estaba próxima á quedar reducida á la nada, igual que su gloria; pero aún

no había llegado á la cima de su calvario. Los grupos se encarnizaban tanto como habían aplaudido el día antes. Un antiguo fabricante de sombreros, entrado ya en los setenta años, cuya fábrica estuvo en el arrabal, escarbó en el pasado de los Rougon. Habló vagamente, con las vacilaciones de una memoria que se pierde, del cercado de los Fouque, de Adelaida y de sus amores con el contrabandista, y dijo lo bastante para dar á las habladurías nuevo impulso. Los murmuradores se agruparon; las palabras « canallas, ladrones, intrigantes, desvergonzados », subían hasta la persiana tras la que Felicidad y Pedro sudaban de miedo y de cólera. Llegóse en la plaza á compadecer á Macquart; este fué el golpe de gracia. Ayer Rougon era un Bruto; un alma estoica que sacrificaba á la patria sus afecciones: hoy Rougon quedaba reducido á un vil ambicioso, que pasaba sobre el vientre de su pobre hermano, sirviéndose de él como de un escabel para asaltar la fortuna.

—¿ Oyes?—murmuró Pedro, con voz ahogada.—¡ Ah, pillos! ¡ Cómo nos matan! ¡ Nunca logremos levantarnos ya!...

Felicidad, que redoblaba sobre las persianas con la punta de sus dedos crispados, respondió:

—¡ Déjalos que digan! Si llegamos á triunfar, ya verán cómo las gasto. ¡ Bien se ve de dónde sale el tiro! La ciudad nueva nos aborrece.

Este juicio era exacto. La repentina impopularidad de Rougon procedía de un grupo de abogados, muy ofendidos de la importancia que había adquirido aquel antiguo comerciante de aceite

sin instrucción, y cuya casa había estado á punto de quebrar.

El barrio de Saint-Marc no daba señales de vida hacía cuarenta y ocho horas; sólo los barrios nuevo y viejo permanecían uno enfrente de otro; el primero aprovechábase del pánico para hundir al salón amarillo en el concepto de los comerciantes y los obreros. De Roudier y Granoux decían que eran excelentes personas, honrados ciudadanos, á quienes engañaban aquellos intrigantes de Rougon; pero que ya les abrirían los ojos. En vez de aquel barrigón, de aquel perdido que no tenía un *sous*, debiera haber ocupado la poltrona de la alcaldía M. Isidoro Granoux. Los envidiosos partían de aquí para criticar todos los actos de la administración de Pedro, que sólo databa de la víspera; no debió conservar el antiguo consejo municipal; había cometido una gran tontería mandando cerrar las puertas; por su estupidez, cinco consejeros habían cogido una flujió de pecho en la terraza del hotel Valqueyras. También los republicanos alzaban la cabeza, y hablaban de un posible golpe de mano preparado contra el ayuntamiento por los obreros del arrabal. La reacción fallaba.

Al ver derrumbarse todas sus esperanzas, Pedro pensó en algunos elementos que acaso pudieran sostenerle, y con los cuales quería contar.

—¿No iba á venir esta noche Arístides para hacer las paces?—preguntó.

—Sí—respondió Felicidad.—Me había prometido un hermoso artículo. *El Independiente* no ha parecido.

Su marido la interrumpió diciendo:—¿No es aquél que sale de la subprefectura? La vieja echó una mirada y exclamó:—¡Se ha vuelto á poner el cabestrillo!...

En efecto, Arístides traía de nuevo entrapajada la mano. El imperio no se consolidaba, ni la República se reconstituía tampoco, y juzgó oportuno recobrar su actitud de mutilado. Atravesó la plaza de la subprefectura sin alcanzar la cabeza; y habiendo oído sin duda que en los grupos se pronunciaban frases peligrosas, apresuróse á desaparecer tras la esquina de la calle de la Banne.

—Ya no subiré—dijo con amargura Felicidad.—¡Somos perdidos!... ¡Hasta nuestros hijos nos abandonan!—Cerró violentamente la ventana, para no ver ni oír más; y cuando hubo encendido la lámpara, comieron descorazonados, sin hambre, dejando en los platos la mitad de la comida. Sólo podían contar con pocas horas para tomar una determinación. Para no tener que renunciar en absoluto á la fortuna soñada, era menester que al despertar, Plassans, dominado, yaciera á sus pies pidiendo gracia. La única causa de su indecisión era la total carencia de noticias exactas; Felicidad, con su claro talento, lo comprendió desde el primer instante. Si hubieran podido saber el resultado del golpe de Estado, habrían proseguido con audacia desempeñando su papel de salvadores, apresurándose á hacer olvidar en lo posible su desgraciada campaña; pero nada preciso sabían. Perdían la cabeza y sentían sudores fríos al jugar así su fortuna á un golpe de dados, en completa ignorancia de los acontecimientos.—¡Y

ese diablo de Eugenio sin escribir!—exclamó Rougon en un raptó de desesperación, sin pensar que descubría así á Felicidad el secreto de su correspondencia. Pero la vieja hizo como si nada hubiese oído; la exclamación de su marido la había conmovido profundamente. ¿Por qué Eugenio no escribía? Después de haberlo tenido al corriente de los asuntos de la causa bonapartista, debía haberse apresurado á participarle el triunfo ó la derrota del príncipe Luis. La misma prudencia se lo aconsejaba; si callaba, era que la República vencedora le había enviado á hacer compañía al príncipe Luis en los calabozos de Vincennes. Felicidad se sentía helada; el silencio de su hijo mataba sus últimas esperanzas.

En aquel momento llevaron la *Gaceta*, todavía húmeda.—¿Cómo?—exclamó Pedro, muy sorprendido.—¿Vuillet ha tirado al fin su periódico?—Desgarró la faja, leyó el artículo de fondo, blanco como el papel, vacilando en la silla.—Toma, leedijo alargando el periódico á su mujer.

Era un artículo soberbio de inaudita violencia contra los insurrectos. Jamás tanta hiel, tantas mentiras, tantas inmundicias devotas habían salido de una pluma. Comenzaba Vuillet relatando la entrada de los insurgentes en Plassans: una obra maestra. Veíanse allí «aquellos bandidos, aquellas caras patibularias, aquella espuma de los presidios» invadiendo la ciudad; «borrachos de aguardiente, de lujuria y de pillaje». Mostrábalos después «exhibiendo su cinismo por las calles, asustando á los vecinos con sus gritos salvajes, y no buscando más que la violación y el asesina-

to». Más tarde, la escena en el ayuntamiento y el secuestro de las autoridades constituían un drama atroz. «Entonces cogieron por el cuello á los hombres más respetables, y, como Jesús, el alcalde, el bravo comandante de la guardia nacional, el administrador de Correos, aquel funcionario bondadoso, fueron coronados de espinas por aquellos miserables, y recibieron sus esputos en la cara». El párrafo dedicado á Miette y su capa roja era el colmo del lirismo. Vuillet había visto diez, veinte doncellas sangrientas: «¿Y quién no vió—decía—en medio de aquellos monstruos, infames criaturas vestidas de encarnado, que debían haberse revolcado, sin duda, sobre la sangre de los mártires asesinados por aquellos bandidos en los caminos? Agitaban banderas rojas, y en las encrucijadas de las calles se entregaban á las innobles caricias de la horda entera.» Con énfasis bíblico, añadía más adelante: «La República no marcha bien sino entre la prostitución y el asesinato.» Esta era la primera parte del artículo, que terminaba con esta imprecación: «¿Y sufrirá el país más tiempo todavía la vergüenza de aquellas bestias feroces, que no respetaban la propiedad ni las personas?» Hacía un llamamiento á todos los ciudadanos valerosos, diciendo que tolerarlo por más tiempo sería envalentonarlos, y que los insurrectos entonces volverían para «tomar á la hija en los brazos de la madre, á la esposa en los del esposo». En fin, una frase devota en que declaraba que Dios quería el exterminio de los malos, terminaba con este trompetazo: «Se afirma que esos miserables están de nuevo á nuestras puer-

tas. Pues bien: que cada ciudadano empuñe un fusil, y que se les mate como á perros: se me verá en primera fila, feliz por desembarazar la tierra de semejante polilla.»

Aquel artículo, en que la pesadez del estilo periodístico de provincias aglomeraba las perífrasis más inmundas, consternó á Rougon, que murmuró, cuando Felicidad dejó el periódico sobre la mesa:

—¡Ah, el desdichado! ¡Nos da el golpe de gracia! Creerán que he sido yo el inspirador de esa diatriba.

—Pero...—dijo su mujer pensativa.—¿No me anunciaste esta mañana que rehusaba en absoluto atacar á los republicanos? Las noticias últimas le habían llenado de terror y pretendías que estaba pálido como un muerto.

—¡Ah! sí; no comprendo nada de esto. Al insistir yo, llegó hasta á echarme en cara el no haber matado á todos los insurrectos. Ayer debía haber escrito su artículo; escrito hoy, va á hacernos asesinar.

Felicidad no sabía qué pensar. ¿Qué mosca le habría picado á Vuillet? La idea de aquel sacristán fracasado con un fusil en la mano haciendo fuego desde la muralla, le parecía la cosa más ridícula del mundo. Había allí oculta alguna causa determinante, que no comprendía. Vuillet mostraba la injuria demasiado imprudente y demasiado fácil el valor, para que la banda insurrecta estuviese realmente tan cerca de la ciudad.

—Es un mal hombre; lo he dicho siempre—prosiguió Rougon, después de releer el artículo.

—Por lo visto, no tiene otro objeto que hacernos daño. ¡Ah! ¡Qué niño fuí encargándole de la administración de Correos!

Al oír esto, Felicidad vió un rayo de luz. Levantóse de súbito, como iluminada por una idea feliz, se puso una cofia, y echó un chal sobre sus hombros.

—¿A dónde vas?—preguntó con sorpresa Pedro.—Son más de las nueve...

—Tú acuéstate—respondió ella con rudeza.—Estás enfermo, y te conviene descansar. Duerme mientras yo vuelvo. Si es menester, te despertaré y hablaremos.

Salió con rapidez y se trasladó á la casa de Correos. Penetró bruscamente en el despacho donde Vuillet trabajaba todavía; éste, al verla, no pudo reprimir un movimiento de contrariedad. Nunca Vuillet había sido tan feliz. Desde que podía deslizar los dedos en la correspondencia, gustaba voluptuosidades profundas de clérigo curioso, disponiéndose á saborear las confesiones de sus penitentes. Todas las indiscreciones maliciosas, todas las vagas habladurías de las sacristías cantaban en su oído. Aproximaba su lívida nariz á las cartas, miraba amorosamente las señas con sus ojos malévolos; auscultaba los sobres, como los curas jóvenes el alma de las vírgenes; sentía goces infinitos, tentaciones que le hacían cosquillas; los mil secretos de Plassans estaban allí; el honor de las mujeres, la fortuna de los hombres; y no tenía más que romper los sobres para saber tanto como el gran vicario de la catedral, confidente de las personas más encopetadas de la ciu-

dad. Vuillet era una de esas terribles comadres, frías, punzantes, que lo saben todo, hacen que todo se les diga, y no repiten los rumores más que para asesinar con ellos; así es que había soñado mil veces en meter su brazo hasta el codo en el buzón. Para él, desde la víspera, el despacho del administrador de Correos era un gran confesionario lleno de sombra y misterio religioso, en el cual se embriagaba aspirando las murmuraciones veladas, las palpitantes confesiones que exhalaba la correspondencia. Por otra parte, llevaba su faena con perfecta impudencia; la crisis que atravesaba el país le aseguraba la impunidad. Si alguna carta se retrasaba, si otra se perdía para siempre, la culpa recaía sobre los pillos de los republicanos que recorrían los caminos é interrumpían las comunicaciones. La clausura de las puertas le contrarió un instante, pero se puso de acuerdo con Roudier para que los correos pudiesen entrar directamente, sin pasar por la alcaldía. En verdad, sólo había abierto algunas cartas; las buenas; aquellas en que su olfato de sacristán le hizo adivinar que encerraban noticias que era útil conocer; y se había contentado con guardarlas en un cajón, para repartirlas más tarde; las que pudieran dar la voz de alerta y quitarle el mérito de tener valor cuando la ciudad entera temblaba. El devoto personaje, al elegir la administración de Correos, había comprendido perfectamente la situación. Cuando Felicidad llegó, estaba haciendo el expurgo de cartas y periódicos, so pretexto de clasificarlos. Al verla entrar se levantó, sonriendo hipócritamente, y ofrecióle una silla, pes-

tañeando muy deprimida. Felicidad no se sentó y dijo brutalmente:

—¡Quiero la carta!

Vuillet entornó los ojos, y con aspecto inocente respondió:

—¿Qué carta, querida señora?

—La que ha recibido usted esta mañana para mi marido... Vamos, M. Vuillet, tengo prisa.—Y viendo que se hacía el desentendido, balbuceando que no había recibido ninguna carta, prosiguió en tono amenazador:—Una carta de París, de mi hijo Eugenio. Ya sabe usted lo que quiero decir; ¿no es verdad? Voy á buscarla yo misma.—E hizo ademán de meter la mano en los diversos paquetes que llenaban la mesa del despacho.

Entonces Vuillet se apresuró y dijo que la buscaría, porque el servicio andaba tan mal... Puede que hubiera alguna carta en efecto, y en tal caso la encontraría, pero juraba que no la había visto.

Hablando y revolviendo á un tiempo los papeles por encima de todas las mesas, abrió los cajones, los legajos. Felicidad aguardaba impasible. Por fin exclamó, tomando una carta que estaba en un paquete con otras varias:

—¡Pardiez! Tiene usted razón. He aquí una carta para usted. ¡Ah! Esos diablos de empleados se aprovechan de la situación para no hacer nada como se debe.

Felicidad cogió la carta, y sin cuidarse de que su curiosidad era una ofensa para Vuillet, examinó atentamente el cierre. Se veía claro que el sobre había sido abierto: el librero, torpe aún,

había usado lacre más obscuro para cerrarla de nuevo. La madre de Eugenio abrió la carta por arriba, cuidando de no estropear el sello, que algún día pudiera ser una prueba contra Vuillet. En pocas palabras Eugenio anunciaba el éxito completo del golpe de Estado, y cantaba victoria; París estaba rendido; en provincias no se movían. Aconsejaba á sus padres una actitud muy firme enfrente de la insurrección parcial que perturbaba el mediodía, y decíales, para terminar, que su fortuna estaba fundada si no desmayaban. Guardóse la carta en el bolsillo y sentóse lentamente, mirando cara á cara á Vuillet. Este, fingiendo gran urgencia, se entregó de nuevo á su tarea.

—Escuche usted, M. Vuillet—le dijo.—Y cuando el librero alzó la cabeza, prosiguió:—Juguemos á cartas vistas. Hace usted mal en hacernos traición, podría sucederle á usted alguna desgracia. Si en vez de abrir las cartas...—Vuillet se irguió, manifestándose ofendido, pero Felicidad, con gran tranquilidad, prosiguió:—Sé y conozco su escuela; no confesará usted jamás... Vamos, nada de palabras inútiles: ¿qué interés tiene usted en servir al golpe de Estado?—Y como él tratase de hablar aún de su perfecta honradez, Felicidad acabó por perder la paciencia:—¿Me toma usted por una estúpida?—exclamó.—He leído su artículo, y mejor haría usted en entenderse con nosotros.

Sin confesar nada, sin soltar prenda, Vuillet confesó lisa y llanamente que quería hacerse con la clientela del colegio. En otro tiempo él era quien surtía al establecimiento de los libros clá-

sicos, pero se había sabido que con aquel pretexto vendía libros pornográficos á los alumnos, en tan gran cantidad, que los pupitres rebosaban grabados y obras obscenas. En aquella ocasión estuvo á punto de tener que ver con la policía correccional, y desde entonces soñaba con rabia celosa en volver á la gracia de la administración. Felicidad quedó admirada de lo modesto de su ambición y hasta se lo dijo así. ¡Violar la correspondencia, exponerse al presidio por vender algunos devocionarios!—Es un bonito negocio—dijo Vuillet con fruición;—una renta segura de cuatro mil francos anuales. Yo no soy como otras personas, que sueñan imposibles.—Ella no recogió la frase, ni se habló más de las cartas abiertas. Concluyeron un tratado de alianza, por el cual Vuillet se comprometió á no dar ninguna noticia ni á adelantarse, á condición de que los Rougon le harían adquirir la clientela del colegio. Al marcharse, Felicidad le recomendó que no se comprometiera más; bastaba con retener las cartas y no distribuirlas hasta el siguiente día.

—¡Qué bribón!—murmuró Felicidad al salir á la calle, sin pensar que ella misma acababa de poner su interdicto á la correspondencia.

Preocupada, andando lentamente, dirigióse á su casa, atravesando por el paseo de Sauvaire, para reflexionar más á sus anchas. Debajo de los árboles del paseo encontró al marqués de Carnavant, que aprovechaba la noche para husmear lo que pasaba, sin comprometerse. El clero de Plassans, aunque contrario al golpe de Estado, se mantenía en la neutralidad más absoluta; para él el impe-